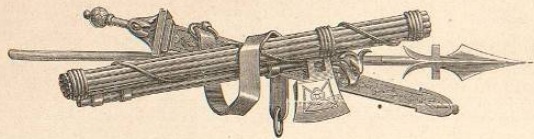


version última con la segunda parte de la respuesta del Salvador en que expresa el motivo:—«*Todavía no ha llegado mi hora.*» Tal motivo no es absoluto, sino relativo, y por tanto quita á la primera parte de su respuesta el carácter absoluto que tendrían estas palabras:—«¿Qué tengo yo que ver contigo?» y concuerda mejor con estas otras:—«¿Qué nos va en eso á tí y á Mí?» las cuales son relativas á las circunstancias en que ambos se hallaban; porque si entre Jesus y María nada hay de comun, esto debe ser de siempre, y no se comprende entonces á qué viene el decir, que no había llegado la hora de Él; al paso que se entiende muy bien lo que quiere decir con eso si el sentido es que no habiendo llegado la hora de servirse de su poder para los fines de su misericordia, todavía no era oportuno invocarle con tal objeto.

El éxito lo acredita así y que María lo entendió de este modo, pues no se dió por desairada. Léjos de eso le consta que Jesus ha escuchado benévolamente su ruego, y encarga á los sirvientes que hagan lo que Él les diga. Debe tenerse en cuenta para esto que las bodas no duraban un solo día entre los Israelitas como suele suceder entre nosotros. La novia era conducida con gran aparato por los parientes y amigos, y á veces era el novio el que llegaba de ese modo, como vemos en la parábola de las vírgenes vigilantes. Necesitábase acopiar gran cantidad de provisiones y tener quien corriera con la distribución y preparación de ellas. Aunque no fuesen opulentos los novios de Caná, no podían excusar tales gastos: los parientes ayudaban á ellos, y se hubiesen creído rebajados en su decoro si la familia hubiese quedado mal.

Para nuestro propósito hay otra observación que es la mas práctica y por tanto la que sirve de final á este asunto. Niegan los protestantes y sus afines importancia á la Madre del Salvador y á su mediación para con Dios, alegando que no necesitamos mediador con Dios. Por eso combaten el culto de María y procuran rebajar su importancia. Claro es que podemos acudir á Dios directamente, pero eso no quita para que acudamos á Jesus por conducto de su Madre, como por conducto de Jesus acudimos á su Eterno Padre en el concepto que tenemos de la Santísima Trinidad. El que podamos acudir á un gobernador directamente no quita que podamos acudir á su autoridad por conducto de un amigo suyo y nuestro. Si Jesus en Caná atendió al ruego de su Madre, ¿atenderá menos ahora en el Cielo?



CAPITULO XXV

PEREGRINACIONES DE MARÍA DURANTE LA PREDICACION DEL EVANGELIO



La fama de Jesus, de su doctrina, saber, virtudes y milagros corrió en breve por Palestina, rebasando los estrechos límites de Galilea. Así lo dice San Lucas, al narrar minuciosamente la mala acogida que le hicieron sus paisanos en Nazareth, hasta el punto de querer asesinarle. «Por todo aquel país (de Galilea) se extendió su fama y enseñaba en sus sinagogas y todos le aplaudían. Fué pues á Nazareth donde se había criado, y entró en la sinagoga el día de sábado, según acostumbraba, y se levantó para leer. Habiéndole entregado el libro del Profeta Isaías, así que lo desplegó, halló el pasaje en que está escrito:—«El Espíritu del Señor sobre mí; por eso me consagró ungiéndome al enviarme á predicar á los pobres y curar á los que de corazón están contritos; para anunciar su libertad á los cautivos, dar vista á los ciegos, aliviar á los oprimidos, publicar el año de las gracias del Señor y el día de la retribución.»

«Luego que hubo plegado el libro lo dió al ministro, tomó asiento y todos los que estaban en la sinagoga fijaron en él sus miradas, y Él empezó á decirles:—Hoy se cumple esta sentencia de la Escritura, que acabais de oír. Y todos le daban testimonio y se admiraban con las palabras de gracia que salían de su boca, y decían:—«Pues qué, ¿no es este el hijo de Josef?» Y Él dijo: Sin duda que vosotros direis:—«Médico cúrate á tí mismo: haz pues aquí esas maravillas que has hecho en Cafarnaum.»—Y añadió: En verdad os digo que ningún profeta es bien recibido en su patria. Y también os digo asimismo: cuando el cielo estuvo tres años y seis meses cerrado sin llover, y hubo gran hambre en toda la tierra, había en Israel muchas viudas, mas á ninguna de ellas fué enviado Elías sino á una pobre viuda de Sarepta, en tierra de Sidon.

»También había muchos leprosos en Israel en tiempo de Elías, y ninguno de ellos fué curado sino Naamán, que era de la Siria.

»Al oír esto los de la sinagoga se llenaron todos de ira y, levantándose contra Él, lo echaron fuera del pueblo y lo llevaron hasta la cima del monte sobre que está edificada su ciudad para precipitarle de allí. Mas Él se retiró pasando por entre medio de ellos.»

En la candorosa descripción que hace de Nazareth el religioso franciscano del siglo XVII, varias veces citado, dice lo siguiente: «Cómo una milla de la casa santa é iglesia de la Anunciación está un monte que llaman del precipicio. Este es un monte muy alto en que hay un grandísimo despeñadero.» Añade que á este monte le llevaron los de Nazareth para despeñarlo y que allí quedaron estampadas y señaladas no solo la señal de su cuerpo, sino también las de sus vestiduras y se ven hoy día muy clara y distintamente... Está este monte sobre los campos de Esdremon (1).

«En la mitad del camino desde Nazareth á este monte del precipicio, caminando hácia el Mediodía, hay una Iglesia que llaman *del pasmo de la Virgen*, porque fué aquí donde, habiendo entendido la Virgen lo que los de Nazareth querían hacer con su Hijo Santísimo, salió á buscarlo y aquí supo lo que había pasado y encontró al Señor.»

Por respeto á esta tradición local se consigna este pasaje de la vida de Jesús, apenas relacionado con la de su Madre. Este acontecimiento debió tener lugar poco después de la boda en Caná, pues San Lucas, el gran narrador, que es quien da más pormenores acerca de él, lo relata á continuación del bautismo de Cristo y su regreso á Galilea. Debió también influir en la resolución de María para abandonar su pueblo y su casa, y seguir á Jesús en muchas de sus peregrinaciones; no solamente al subir á Jerusalén, sino también en sus excursiones por Galilea, teatro el más principal de su predicación (2). Otro pasaje muy importante del Evangelio de San Mateo nos lo indica así.

Acababa Jesús un día de predicar contra varios pecados y de un modo muy particular contra la obstinación y la reincidencia, cuando llegó María con algunos de sus parientes, deseando hablar con Él. «Mas hé aquí que, cuando aun estaba hablando al pueblo, su Madre y sus hermanos estaban fuera buscando como hablarle, y le dijo uno:—Mira que tu Madre y tus hermanos están ahí fuera buscándote. Pero Él respondió al que lo decía:—¿Quién es mi Madre y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo la mano hácia sus discípulos dijo:—¡Hé aquí mi Madre y mis hermanos! Porque cualquiera que hiciera la voluntad de mi Padre en los Cielos, ese es mi hermano y mi madre (3).»

Sabemos quiénes eran los parientes ó primos de Jesús, *hermanos* al decir del país. Los mismos de Nazareth los habían enumerado al oírle predicar en su sinagoga, diciendo:—¿Pues qué, no se llama su Madre María y sus hermanos Santiago, y José, y Simon, y Ju-

(1) Si el monte de donde le querían precipitar es el monte mismo sobre que está fundado el pueblo, ¿cómo se admite que esté una milla más allá? El Evangelio dice: *Et duxerunt illum usque ad supercilium montis, super quem civitas eorum erat edificata*; y al Evangelio hay que atenerse más que á la tradición local.

(2) Los pasajes de San Mateo y San Marcos al hablar de las mujeres y parientes de Jesús, que le asistían en sus peregrinaciones y le siguieron hasta el patíbulo, son terminantes. *Erant autem ibi mulieres multe alonge, que secute erant Jesum à Galilea ministrantes Ei.*

San Marcos aunque compendiador lo dice todavía más claro, pues expresa que no solamente habían subido con Él á Jerusalén, sirviéndole en aquellos días, como podía inferirse del texto anterior, sino que le seguían también y le servían cuando andaba predicando por Galilea. La cláusula es terminante. *Et cum esset in Galilea sequebantur eum et ministrabant Ei.* (San Marcos, capítulo XV, v. 41.) Qué mujeres eran estas y su parentesco lo veremos luego.

(3) San Mateo, cap. XII.

das? Y sus hermanas ¿no están todas con nosotros?» Ahora consta por el mismo San Mateo (cap. IV, v. 21), que Santiago y San Juan eran hijos de Zebedeo. Su madre, María Salomé, los presenta con orgullo al Salvador para que sean sus privados en su Reino celestial (Ibidem, XX, v. 24). En el orgullo de esta presentación está, á mi juicio, la clave de la respuesta misteriosa de Jesús. Conocía este que sus parientes se lisonjaban al verle aplaudido, tenían vanidad y aspiraban á obtener medros temporales. «Entonces se llegó á él la mujer de Zebedeo con sus hijos, adorándole y pidiéndole una gracia. Él le dijo:—¿Qué quieres? Respondió ella:—Dí que estos dos mis hijos se sienten uno á tu diestra y otro á tu izquierda en tu reino (1).» Preciso era abatir este orgullo de sus parientes, mezclado con importunidad, que lastimaba á los discípulos y rebajaba su misión divina. Si Jesucristo se dejaba llevar de las pretensiones de sus parientes para hacer negocio y especular con su doctrina, se hacía un hombre común y vulgar, como cualquier otro. Eso era lo que hacían entonces y hacen ahora todos los ambiciosos y los políticos de baja ralea; predicar austeridad, desprendimiento y pureza, mientras estaban ó están arriba, y hacer todo lo contrario en escalando el poder. Por eso decía David: «Si los míos no llegan á dominarme, entonces viviré sin mancillarme (2).» La proposición contraria es: Si me dejo dominar por los míos, llegaré á quedar rebajado. Si Jesús hubiera accedido á los ruegos de sus parientes para hacerlos sus favoritos ó primeros ministros en un reino, que ellos se figuraban era temporal, como el de Herodes, Antiocho, ú otro de los de aquel tiempo, Jesucristo quedaba desconceptuado desde luego. El Evangelio hablando de la orgullosa pretensión de Salomé, la mujer del Zebedeo, dice que los otros Apóstoles llevaron muy á mal su exigente orgullo:—«Y oyendo los diez se indignaron contra los dos hermanos (3).» Si Jesucristo no hubiera rechazado aquella exigencia, se hubiera convertido en despego á su persona, lo que era un motivo de indignación contra sus parientes. Por eso Jesús le responde que entre sus discípulos no hay esa superioridad mundanal: que quien se quisiera elevar sobre los hombros de los otros quedará de criado de aquellos mismos, pues Él mismo, que era Hijo del Eterno Padre, había venido á servir á los hombres sin querer dejarse servir de ellos como podía hacerlo. ¡Lectio sublime que mataba las ambiciones personales y el nepotismo! Por eso responde ahora como había respondido á sus Padres en el templo, como había respondido á su Madre en las bodas de Caná, como respondió más adelante al mismo Pilatos el día de su muerte, que él estaba en el mundo para hacer la voluntad de su Padre y no la suya:

(1) San Mateo, cap. XX, v. 20, y San Marcos, cap. X, v. 35.

San Marcos expresa que fueron Santiago y San Juan los que le pidieron esa gracia y no cita á su madre, cosa tanto más notable cuanto que en el capítulo anterior había descrito la transfiguración en el Tabor, á que asistieron los dos hermanos con San Pedro, y en aquel mismo capítulo había predicado la humildad.

(2) *Si mei non fuerint dominati tunc immaculatus ero.* Salmo XVIII, v. 14.

(3) *Et audientes decem indignati sunt.* (San Mateo, XX, v. 24.) *Indignati sumus*, podía decir San Mateo, pues era uno de los diez. *Et audientes decem ceperunt indignari de Jacobo et Joanne*, dice San Marcos, que no nombra á la madre de ellos (capítulo X, v. 41).

¡siempre la misma respuesta, siempre la misma verdad! «El que os senteis á mi derecha ó á mi izquierda no me toca á mí concedérslo, sino que es para aquellos á quienes así lo tiene preparado mi Padre.» Con esta contestacion despide á los parientes ambiciosos, que comprendian tan mal el espíritu de humildad y abnegacion de la doctrina de Jesucristo; humilde en su nacimiento, en su vida y en su muerte. Sin el espíritu de esta contestacion y sin esta doctrina el cristianismo solo tiene la corteza exterior de la verdadera religion, pero no la médula ni los frutos.

Pero esta reprension tan justa y tan merecida, que Jesus dirige á sus parientes, cuya ambicion conoce, cuya altanería lee en sus frentes y en sus corazones, no alcanza, ni puede alcanzar ni dirigirse remotamente á su humilde, humildísima Madre, la personificacion de la humildad mas profunda, la que por su humildad sincera atrajo y fijó las miradas del Eterno, la poetisa inspirada que cantó antes que nadie las glorias de la santa humildad, á diferencia de las otras poetisas de su país que habian cantado en estilo épico los triunfos de la omnipotencia y la derrota de los enemigos. No: no podian dirigirse esas palabras á la cantora del *Magnificat*, á la que habia dicho treinta y tres años antes, y cuando era una tierna adolescente: *Quia respexit humilitatem ancille suæ!* No se reprende al que no yerra: María no erraba, no era ambiciosa, era impecable. Durante toda su vida buscó la oscuridad de la existencia escondida y oculta á los ojos del mundo y de los hombres. Es una concha que no desprende su perla, sino que ni aun se abre á los rayos del sol, y apretando fuertemente sus bordes se oculta en el seno del mar, sin dejar que penetren hasta su corazon las aguas saladas del orgullo.

Mientras Jesus recorre las riberas del lago y del Jordan, y las aldeas de Galilea, María sigue á Jesus, cuida de Él, se mezcla entre la turba para oír la palabra de su Divino Hijo, por nadie comprendida como por ella. Cuando se aleja ó se oculta en el desierto, recógese silenciosa y modesta á su casita solitaria de Nazareth. Cuando Jesus sube á Jerusalem para celebrar la Pascua, síguele á la Ciudad Santa, como le habia seguido y llevado de niño. Su corazon de madre prevé no como quiera el riesgo, sino la desgracia. Jesus la tiene anunciada á sus discípulos, que ni la han comprendido, ni la quieren creer. Pedro el enérgico, el cariñoso y franco con su Maestro, rechaza el anuncio y casi quiere desmentirle (1). ¿Cómo han de creer los otros en la muerte, y muerte ignominiosa de Jesus, si el mismo Pedro tan creyente no la cree? Pero la Madre de Jesus la cree, y no solamente la cree sino que la comprende. Pedro habia visto á Jesus transfigurado en el Tabor, rodeado de gloria visible á los ojos humanos: habia oido atónito la voz del Eterno Padre, y con él la habian escuchado y presenciado aquellas maravillas los dos hijos del Zebedeo,

(1) Cuando al anunciar á sus discípulos que seria perseguido por los sacerdotes y muerto, le dice San Pedro, lleno de cariño por él, que no podia ser eso:—(*Absit à te, Domine: non erit tibi hoc*) le responde Jesus con cierta dureza:—Vete de ahí, Satanás, no tienes gusto de las cosas de Dios, sino en las de los hombres (San Mateo, cap. XVI, v. 22).



MARIA PRESENCIANDO LAS PREDICACIONES DE JESUS

que por momentos breves habian logrado una gloria muy superior á la que su madre codiciaba para ellos.

Pero ¿por qué María no estaba en el Tabor?

—María no era Apóstol: María no habia de predicar el Evangelio, María no necesitaba este favor. ¿Sabemos nosotros por ventura cuántas veces vió transfigurado á su Divino Hijo, y cuántos favores recibió, que solamente supieron quien los hacia y la que los recibia? ¿Dejaria de hacer con su Madre lo que ha hecho y hace con esas almas puras, fervientes, virginales, humildísimas, á quienes colma de celestes y sobrenaturales favores? Pero ese era su secreto, su *sacramento*, porque es bueno esconder el sacramento del Rey.

El puesto de María dado su carácter no estaba en el Tabor, sino en el Calvario. En este no podia faltar, porque aquí sufría, porque aquí se humillaba.

Vamos á verla en el Calvario.

